

XXXVIII PREGÓN DE LA HERMANDAD DEL STMO. CRISTO DE LA VERA
CRUZ, MARÍA STMA. DE LA ANCILLA EN SU MAYOR DOLOR Y TRASPASO Y
SAN JUAN EVANGELISTA.

Mairena del Alcor, a 9 de Abril del año de Ntro. Señor Jesucristo de
MMXVII.

Domingo de Ramos de la Pasión del Señor.

Preámbulo.

Soñaba... Con los ojos abiertos a la primavera que estallaba en los balcones. Con el espíritu inquieto, asomando a las profundidades negras de la noche más oscura del alma, soñaba.

Recordaba... Es curioso como el dragón de los recuerdos nos acecha, con el afilado agujón de la nostalgia, desde el abismo más insondable de nuestro propio ser, en los momentos de mayor intimidad y recogimiento. Por eso es tan complicada la oración. El silencio y la concentración que exigen el trato cercano con el Señor no casan bien con la mente humana, tan proclive a enredarse en los vericuetos de las imágenes pasadas, presentes y futuras.

Intentaba recordar la primera vez que hizo aquello que ahora mismo estaba haciendo. Como pinceladas, aparecían fotogramas de su vida enraizados en el amanecer de su infancia. No. Era imposible recordar la primera vez que lo hizo. Eran pocas aún sus primaveras pero en todas ellas el tinte verdiblanco de aquel hábito manchaba los recuerdos. Todo era siempre igual, pero a la vez todo distinto. Sus emociones y sentimientos en nada se parecían a los del año anterior, ni el anterior, ni el anterior...

Rezaba... O al menos lo intentaba. Aunque no alcanzaba la mayoría de edad, aquel joven, católico practicante, creía conocer el significado del acto que estaba llevando a cabo. Y no siempre resultaba fácil entender la paradoja de la dicotomía fe- devoción. Como adorar a Dios, Único e Intangible y hacerlo a través de la imagen, material, obra del ser humano. Con el rosario en las manos y musitando una oración, rezaba.

De pronto, un estruendo musical y una ovación inundaron la recoleta calle de cuna adoquinada por la que transitaba. Uno de los momentos más íntimos y sin duda gratificantes de aquella Estación de Penitencia tocaba a su fin. De aquí a nada, tras el túnel umbrío y devoto de plegarias y

huérfano de Cristo Muerto (mirada a la izquierda, fugaz, a La Madre), la algarabía de oraciones, de gestos implorantes, de flechas lanzadas al cielo, de notas musicales... Miles de detalles que distraían la mente de ese joven nazareno que, vista al frente, cirio al cuadril, buscaba a Dios a través de sí mismo.

Lloraba... Parecía imposible pero aquella trompeta que se oía aún lejana lloraba igual que Pedro. Lloraba la trompeta y dos gotas asomaron a sus ojos. Era todo tan igual... Era todo tan distinto.

Lágrimas por los que no estaban,
por los que estaban y a los que tanto quería,
lágrimas por los que sin saberlo vendrían...
y tras ello, la bulla que estallaría,
y llanto pa sus adentros,
cruz cercana en la lejanía
y llanto por un Cristo Muerto al que ni siquiera veía...
y suspiraba por verlo y sentir su cercanía.

Y pena callada y queda, disfrazada de alegría
en aquella gozosa Penitencia,
paradoja más de este día,
la que recorría su cuerpo, que joven aún todavía,
de los cielos a la Gloria, llevarlo a Él no podía.
Mas nada importaba ahora,
la tristeza no enturbiaría
ese dulce sufrimiento de mudo bullicio que iría
transformando el padecimiento en ya sonora alegría
a medida que fuera venciendo la noche a la atardecida.

Pues todo quedaba en nada,
todo se disolvía ante aquel cuadro perfecto,
obra Divina y humana, pareciese que de fantasía,
de ver al Hijo de Dios derramar toda su vida
para salvar a los hombres de una desgracia infinita.

Mairena vestida de llanto, de enlutada algarabía,
de dulce quebranto que en tres días en felicidad se tornaría.
Por fin estaba en la calle y de lejos verlo podía
y sentir su abrazo eterno y notar su cercanía.

¡¡La Vera Cruz por Alconchel, Viernes Santo, ansiado día,
y el Señor de mis amores,
el del Abrazo Infinito como Su propia vida,
culminaba la tragedia de toda una muerte ofrecida
que a la ingrata humanidad
para siempre redimiría!!

Introducción

Queridísimo Hermano Mayor y miembros de la Junta de Gobierno de mi Hermandad del Stmo. Cristo de la Vera- Cruz, María Stma. De la Ancilla en su Mayor Dolor y Traspaso y San Juan Evangelista, Señor Presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías de la Villa de Mairena del Alcor, amigo Regino, hermanos de Vera- Cruz, cofrades y amigos todos.

No pretendo importunaros con historias personales, ni jartaros de rimas y ripios en esta mañana festiva, tan esperada por el cofrade. Con seguridad en esta sala hay hermanos con mayor número de experiencias y por supuesto con mayor preparación que yo, que de seguro debieran encontrarse frente a este atril en el día de hoy. Tan sólo quiero anunciaros, desde el punto de vista de un joven veracruzista, la llegada de uno de los días más importantes del calendario cristiano, y posiblemente uno de los más anhelados por todos nosotros. Por ello, sólo quiero dar las gracias a la Junta de Gobierno, personificada en la figura de nuestro Hermano Mayor, José, por depositar en mi una confianza que sin duda alguna no merezco.

Gracias José Andrés por estas bellas palabras brotadas del más sincero amor fraterno. Sabes que has sido una de mis fuentes de inspiración en la vida y que por ti soy médico y cofrade.

A mis padres gracias por la vida y por no ponernos jamás, ni a mis hermanos ni a mí, cortapisa alguna sino más bien, sincera ayuda, para desarrollarnos como quisimos tanto personal como espiritualmente. Son años duros pero el Señor de la Vera- Cruz y su madre de la Ancilla sabrán seguro recompensaros.

Gracias a mi tío José el Huerta, veracruzista con solera, por apuntar a sus sobrinos a esta hermandad, y a todos los amigos, cofrades rancios presentes en estas cubiertas, que durante este año me han dado alas para llevar a cabo este proyecto.

Y a ella... la que me da la vida y la que me dio mis dos vidas, gracias simplemente por estar ahí...

Desarrollo

El cuadro de ancá mi abuela.

En casa de mi abuela, en el Cantillo Lanero, siempre sobre su cabeza...

Allí, en aquel caserón de muros antiguos de tierra y patio fresco cual vergel, el sonoro canto de innumerables canarios siempre presente.

Allí, entre grabados del original Señor de Mairena y la Virgen del Carmen, su devoción más íntima.

Allí, justo donde pasó sentada sus últimos años, conocí al Señor.

Desde muy niño me llamó la atención aquella foto estampada sobre azulejos, enmarcada en radiante sol, de la imagen de la Hermandad en la que yo salía de nazareno. El cuadro, que mi abuela había ganado en un sorteo del grupo joven, me impresionaba de tal realismo que en más de una ocasión me sorprendí alzado sobre una butaca para tocar la llaga de Su costado, como un Santo Tomas incrédulo y a la vez seguro de que mi dedo atravesaría el simulacro.

Allí, en las numerosas horas de mi infancia que pasaron en aquel salón me familiaricé con Él. Me acostumbé a cada rasgo de su rostro, al mechón de pelo que cae por su hombro...

Las cuaresmas, hábito verdiblanco repulío y terso preparado por manos de madre amorosa, colgando sobre el pestillo de una ventana y esperando la rúbrica definitiva del escudo corporativo, pasaban mientras mi hermano Antonio me vestía con su ropa, faja ceñida y costal ajustado a la ceja, para la foto familiar delante el cuadro de María Stma. de la Ancilla que presidiera el cabecero de mi hermano Jose.

Transcurrían las semanas repasando una y otra vez los vídeos de Viernes Santos pasados, incensario en to lo alto la mesa junto a cintas de cassette grabadas y regrabadas, pasadas y repasadas, fotocopia del original o estampa de santo recortada: Soria 9, Tejera, Sol, Ayamonte... Spotify no existía y la nube no era más que un fenómeno meteorológico. Recortes de periódico, boletines antiguos y desgastados, semanario de El Correo del año anterior... Todo se agolpaba sobre la mesa en cualquier mañana tranquila de Sábado de Febrero o Marzo, mientras la espera se tornaba eterna.

Y más interminables si cabe se hacían las 3 horas que median desde la recogida de la querida hermandad de Jesús hasta el momento de vestir el

hábito nazareno. Tres horas en las que el reloj parecía no moverse y que uno trataba de matar siempre descabezando el sueño o escuchando la radio.

18 primaveras en las que el recuerdo de Viernes Santo se hace uno con las imágenes de túnica de Vera- Cruz y cíngulo franciscano. Repasé casi cada tramo de la cofradía, del primero al 8º, sin dejar atrás los de penitente en aquella juventud ya tardía en la que abandoné la faja para reencontrarme con el antifaz y la penitencia de cruz.

Porque esta hermandad y el Viernes Santo son lugar común y pieza fundamental de la vida de la mayoría de los que nos encontramos aquí reunidos. En la mayor parte de los principales momentos de mi vida se insinúan, aun de soslayo, el Señor de aquel cuadro de azulejos o su madre de la Ancilla. Infancia, adolescencia, primer amor... A lo largo de todos los Viernes Santos de mi vida me formé y me convertí en lo que soy hoy, no sólo emocional, sino física y espiritualmente.

Preparémonos por tanto hermanos, gocemos hoy de las vísperas de la Gloria que alcanzaremos en unos días, que al igual que mi Señor del azulejo sigue colgado en el mismo sitio y son los ojos de mis hijos los que embelesados miran al “Señor del paso de papá”, 500 años de embelesados ojos veracruzistas han catequizado Mairena mostrando que la vida no sirve de nada si no es para entregarla por el que tenemos a la vera.

Porque para esto estamos aquí, para evangelizar, para dar público testimonio, de la forma más andaluza, mairenera e idiosincrática que conocemos de nuestra fe, de que creemos en El que murió en un sencillo y a la vez temible madero para Gloria suya y salvación nuestra, y en la Madre que lo parió, ¡¡auxilio de los pecadores, Ancilla de mis amores y vientre del que brota pura y limpia e Inmaculada la Divina Redención!!

Viernes Santo ese gran día

Qué sería de nosotros sin el Viernes Santo, día grande de Hermandad que engalana de orlado rojo nuestro calendario y en el que expresamos al mundo nuestra filiación por el Hijo del Hombre que por puro amor nos salva de nosotros mismos y de nuestra propia mezquindad. Si importante es la Pascua, con el culmen de la Resurrección de Nuestro Señor de la

Vera- Cruz, no lo es menos el instante de la entrega a la muerte previo a la Victoria sobre ésta.

Y en ese día soñado que ya casi acariciamos con la punta de los dedos declarémonos al mundo sin ambages como cristianos, mostremos al pueblo las devociones que salen de nuestro corazón y transmitamos a quién nos acompañe el escalofrío que atraviesa las entrañas al contemplar la muerte querida de quien cuelga en la Verdadera Cruz de nuestras insidias y el llanto inconsolable de la Esclava del Señor.

Disfrutemos de la cofradía, saboreémosla de cruz de guía al último músico de Chiclana. Paladeemos un autentico y sobrio río de corazones que encandila, como los buenos toreros, emociones de pitón a rabo y que termina con el torrente cegador del rostro de la Virgen de la Ancilla con todo el resplandor de la candelería asomando a la profundidad de su mirada.

Y vivámosla con pasión y devoción, pero sobre todo seamos de ella, hagámosla a ella. A la cofradía me refiero. A la Estación de Penitencia, que no son dos, sino una sola realidad. Porque nunca seremos suficientemente conscientes de lo que la hermandad hecha cofradía, la cofradía en estación de penitencia nos reporta espiritual y personalmente.

Preparémonos para ello durante toda la Semana que comienza hoy palmas en alto, hosannas al cielo que cubre al Mejor de los Nacíos en la Jerusalén de esa Barriada hecha Getsemaní en la víspera de la noche oscura de la Pasión, con el corazón limpio de los Ángeles y la mirada clara de la Caridad cristiana que se nos presupone y que tiene su reflejo en el Amor incondicional con el que carga con nuestros amargos pecados “cuesta el Castillo” arriba el Papa Jesús que Humilde espera sus Dolores en ese hervidero de solitarias multitudes de la calle “Jondilla”.

Asomándonos al sepulcro de Cristo desde la delicada belleza de la Soledad de María perseveremos en la Fe del que espera encontrarse con el Cristo Vivo al que ansía en la mañana de ese tercer día que se abre a la rampla de la Parroquia con la fuerza del propio Jesús Sacramentado.

Y en la peana un Calvario, sobre almas desvalidas,

Gólgota de verdades que surge a la atardecida

de una tarde tan aciaga que al espíritu intimida.

Y cayendo ya la noche, lejana la amanecida,

se pasea un Hombre muerto, colgado de una viga,
de sangre tiñendo el oro,
de Su costado manando la vida.

Y de la calavera un monte, calle Coracha la cima,
una Madre va penando,
casi sin lágrimas en Sus mejillas,
por las manchas de los hombres
que al Mejor de los Nacíos arrebatan la vida.

Entreguémonos a la tarea. Demos público testimonio de la obra Redentora del Stmo. Cristo de la Vera- Cruz, ¿qué mayor motivo de alegría?

Vivamos, sintamos la muerte dulce del Señor en nuestras carnes desde el Calvario de la Peana. Ofrezcámosle nuestra Estación de Penitencia desde el sacrificio realizado en este importante y solemne día.

¡Y por encima de todo sentid, disfrutad esta hermandad en la calle!, vivid la Vera- Cruz, ¡la Redención de los hombres hecha cofradía!

Y hablando de cofradía, de hermandad en la calle, ¿hemos pensado alguna vez en el sitio que ocupamos en ella? Nuestro lugar en la cofradía en cierto modo nos define. Está el de la Cruz de Guía, el del senatus, vara en presidencia... Salvo algunos años como penitente, siempre ejercí de nazareno con cirio, aunque algo en mi interior me decía que yo necesitaba otra cosa.

Tal vez por la influencia de mis dos hermanos cascarillas, el caso es que en cuanto cumplí los 18, esa edad en la que uno piensa que ya no es el niño que todavía es y se cree el hombre que quizás algún día pueda llegar a ser, me planté a pedir sitio en alguna de las cuadrillas de la hermandad.

Quiso Dios, y mi estatura, que cuadrara en el paso del Señor, y desde entonces han pasado 17 Viernes Santos, siempre en la neobarroca trasera del que quizás sea el canasto más imponente de todos los que desfilan por Mairena.

Es curioso, pero sólo 5 mm de terciopelo separan dos mundos completamente diferentes comunicados sólo por el calado del respiradero y la ruda voz de un capataz. Las vivencias en el interior de un paso nada tienen que ver con lo experimentado fuera. Dentro todo es distinto. Hay menos recogimiento que entre las filas de nazarenos pero lo hay, y ante todo hay compañerismo y lealtad. La complicidad que da el compartir esos kilos que caen envolviéndote como un pesado manto de agonía solo puede ser comprendida por aquellos que han apretado los dientes y, agarrándose al compañero de al lado, han enderezado el lomo y han tratado de aliviarse, que todavía vamos por el arco y andamos justitos de gente.

Años de profundo aprendizaje, en lo técnico pero sobre todo en lo cofrade y lo humano. De la mano de unos hombres nobles y maduros, padres de muchos de los que hoy comparto trabajadora conmigo, que hicieron de la Vera-Cruz su vida y de su vida una Vera-Cruz. Hombres que rebosaban de corazón la parihuela porque su pecho ya estalló años atrás de generosidad y honradez y que me enseñaron que no todo en este mundo debe medirse por lo bien hecha que lleve uno la ropa, que por supuesto también, si no que con devoción, humildad y trabajo honesto se hace más llevadera la divina carga y los kilos se defienden mejor que con el más pulio costal. Tal vez sea ahora, con la perspectiva del tiempo, cuando comienzo a darme cuenta cuán importantes fueron aquellos mulos viejos, cristianos buenos y veracruzistas de pascuas a ramos, costaleros siempre de ese Cristo vivo y necesitado con el que todos alguna vez nos encontramos, en la madurez de mi sentir cofrade, de mi veracruzismo, de mi propia fe...

Y por supuesto que bajo la parihuela se viven momentos tensos. Años de lluvia, estaciones de Penitencia sin un mal relevo que llevarse a la boca, de mármol a mármol... Pero la mayoría, bellos y emotivos.

Como el vivido cada Viernes de Dolores cuando, inmerso en el silencio de penumbra de techo abovedado, roto sólo por la voz ronca de un llamador o la oración disparada desde la garganta o desde el trío de capilla, avanzas sin miedo y con decisión. La trampilla se abre bajo el cancel de la Puerta del Sol y lo ves bajar, ves el clavo de Sus pies, subes hasta Su rostro... y luego ya nada es igual, el martillo ha sonado, has levantado el paso y lo has llevado de vuelta a su sitio y ni siquiera te diste cuenta, sólo pensabas que Él ya estaba arriba, que otro año más, a pesar de todo, podías estar allí y que de nuevo el tiempo del gozo, ese que empieza hoy mismo y por el que suspiras al recordar esplendores de Abril desde los fríos de Enero o

tras los calores de Agosto, por fin está aquí y ha llegado, efímero y fugaz, para quedarse contigo otra vez eterno.

Ya en la calle, chicotás muy cortitas, de la puerta de un hermano a la de otro 30 metros más allá, se intercalan con otras casi eternas, marchadas al son cansino y elegante, tambor fúnebre y acompasado, de Ayamonte. Con esas trompetas que no suenan, sino que lloran lágrimas de compas a su Cristo de la Buena Muerte en su Santa Vera- Cruz: "Hoy quisiera llorar igual que Pedro", "Gloria Eterna"... Viernes Santo puro.

Devoción y Fe con el rezo del Vía- Crucis y el trabajo callado, ofrecido a Dios. El recuerdo siempre presente de los que dejaron su casta allí abajo, en el palo, junto a ti, hombro con hombro. Y la cercanía al Padre...

A la oscuridad cerrada del poderoso canasto rota tan sólo por la tenue luz que cala el respiradero se abre luminoso el vano que conduce a la contemplación de tu rostro, Cristo de la Vera- Cruz. Porque cuando los kilos asoman y las fuerzas flaquean y miras esos pies clavados en el madero, enterrados en el monte a través de la trampilla, os puedo asegurar que el repelucos que te recorre la médula te endereza, pues qué es este trabajo Señor que ya no pesa,

viendo Tu rostro sereno

y ante Tu cuerpo doliente

qué puedo yo decir sin ofenderte

sobre el dolor, el suplicio y Tu entereza.

Pues de Tus llagas se desprende la pureza

y es tan parca de Ti el alma mía

al saber que en esa cruz sufriste vilezas

y aún las sufres por los hombres cada día.

Como yo hablar puedo de sufrimiento,

ante El que mayor tortura ha sufrido,

y de muerte le han dado una condena,

a Aquel que de la humanidad entera,

a Sus hombros los pecados se ha subido,

como puedo yo quejarme, viendo marchitas Tus carnes,
de éste mi dolor buscado y consentido
cuando a Ti te duelen más el egoísmo y la violencia
al que unos hombres a su hermano han sometido.
¡¡¡Y cuando me asalte la flaqueza
y mi cuerpo por el peso sea vencido
de la divina madera en el paso
o en la vida de la enfermedad,
la desesperanza o mi propio desatino
déjame Señor mirarte,
ultrajado en esa Vera- Cruz y escarnecido,
a través de la trampilla y ayudarte,
enderezada la espalda el pecho henchido,
a soportar mis pecados por los que mueres
y de los cielos a la Gloria
levantarte con mi cuerpo en un suspiro!!!

Nunca pretendí ser cascarilla. Simplemente ni se me pasaba por la cabeza ser digno de estar tan cerca de la Ancilla, ese vendaval de hermosura que levanta pasiones y deshace voluntades entre los que contemplan el semblante de la Madre Dolorosa de Dios.

Pero ocurrió.

A la noche, rayando la madrugada.

Como una mocita impaciente que, asomada al balcón, espera ansiosa la llegada del devoto pretendiente.

O como la madre amorosa que sentada a la luz del quinqué, resiste los envites del implacable Morfeo aguardando temerosa pero a la vez esperanzada la llegada del hijo que, simplemente salió.

Así estaba Ella.

Me esperaba como solo las madres saben esperar, como esperan a esos díscolos hijos que tardan en visitarlas, tan ocupados en su propia vida y que al final siempre aparecen. Como me esperó durante 34 años, paciente, amable, cariñosa... "Te hiciste de rogar hijo" parecía decirme mientras la miraba por última vez, faldón en mano, esperando el inesperado relevo.

Es duro el trabajo bajo un palio. El peso partía la cintura, pero Su presencia fortalecía al más débil de los hijos suyos que allí nos apiñábamos y pensábamos en Ella para tirar pa'arriba. Poco a poco mis torpes movimientos se fueron afinando y acompasando al rítmico redoble de Chiclana, siempre la marcha presta.

Y de frente, poquito a poco, en ese rato en el que tuve el privilegio de acompañarla pude reflexionar sobre la vida, camino a la eternidad pero perra como ella sola, cuyo peso en ocasiones nos sepulta y nos dobla las rodillas como aquella noche bajo Su candelería.

Poco después recordé aquella reflexión, cuando las circunstancias de la vida me envistieron con una de esas noticias que hacen tambalear los cimientos de la existencia.

Y allí me encontraba, como aquel Viernes Santo en que fui Tu cascarilla, Madre, rodeado de gente pero sólo para mis adentros. Rogándote que pasara ese cáliz de la persona a la que más quiero.

Y como aquél Viernes Santo en que fui tu cascarilla, nos encontramos con Tu consuelo y nos vimos rodeados, de repente, de multitud de compañeros de palo que nos sacaron adelante del pozo de la desesperación en el que a veces la vida te hunde, como puede hundirte el peso de una candelería o de unos candelabros de cola macizos tras los 5 mm de terciopelo de un faldón.

Y en aquel Viernes Santo en que fui Tu cascarilla, mientras sacaba fuerzas de Tí y apoyaba mi voluntad en las almas de otros 29 hermanos, sólo te pedía por que pasara lo que aún estaba por venir, por mis hijos y por su madre que nunca falte a mi vera, y porque siempre haya a mi lado, como esta vez, costaleros a los que agarrarme, compañeros de trabajadera o de vida en los que sostenerme cuando pinten bastos y la vida golpee otra vez.

¡¡¡Y porque jamás flaquee la fuerza de mi fervor, Madre Mía, para ir a buscarte y pedirte reños para la chicotá de la vida, Virgen del Ancilla, y para dar siempre gracias a Dios, que me hizo mulo de Tu Hijo, cascarilla por accidente, costalero y veracruzista, siempre por Fe y Devoción!!!

La hermandad en la distancia

Tras las agrestes colinas de la Sierra de la Maroma, a orillas del azul Mediterráneo, en la coqueta villa de Torre del Mar, dónde se crían mis hijos bajo el sol casi perenne de la Axarquía malagueña, se forjó este pregón.

Allí resido y ejerzo mi profesión desde hace 6 años. Y no puedo tener más que palabras de agradecimiento hacia la ciudad que me da de comer y hacia todas las maravillosas personas que me rodean y que me acogieron desde el principio a mí y a los míos como si fuésemos de los suyos.

Pero también he conocido allí el fantasma del desarraigo, la lejanía de unas personas y una manera de vivir que constituyeron desde siempre la esencia íntima de mi propio ser, de mi persona.

No puedo decir que no vivo bien. Sólo digo que la cuesta de Enero, que para el cofrade comienza en Noviembre, se hace más empinada en unas circunstancias que no invitan a la torrija otoñal. Sin una rancia tertulia que echarse a la boca, sin una cerveza cofrade con la que despacharse en la tasca de aluminio y tiza del cercano cantillo, el wi-fi y los recuerdos se convierten en inseparables compañeros de trabajadera. Internet permuta en escaparate al que asomarse desde la distancia a actos y acontecimientos que no por vividos en el pasado dejan de ser añorados en el lejano presente. El ordenador se torna boletín cuaresmal, convocatoria de cultos sobre fría columna de mármol labrada de kilómetros y obligaciones.

El pellizco de la nostalgia se acentúa cuando, con la llegada de la cuaresma, las rutinas habituales del cofrade se vuelven casi imposibles. La hermandad se torna distante, cuando más cercana se necesita su presencia. Escapadas en fin de semana, sí, para el ensayo de la cuadrilla, pero no es fácil aguantar el azote de la melancolía cuando te ves a horas de distancia y sabes que en la Parroquia de Ntra. Sra. De la Asunción se están celebrando los cultos a nuestros titulares, o cuando la hermandad bulle de actividad cualquier noche de entre semana, hermanos

debatiendo en fraternidad los detalles de la próxima estación de penitencia o los pormenores de la pasada, mientras tú te conformas con verla por youtube, sólo en casa, sin nadie con quién comentar la chicotá tan lucía del paso Cristo con aquella marcha, o lo hermosa que iba el año pasado la Virgen con esas flores; cuando acercarte a la hermandad a pedir la papeleta de sitio se antoja un impersonal trámite realizado a través de terceros; cuando quieres traer a tus hijos a la calle Coracha casi cada día para que mamen desde chicos lo que tú mamaste y te das cuenta de lo difícil que será para ellos vivirlo como tú lo vives; cuando después del mandao anhelarías pasarte por la Iglesia a ver cómo va el montaje de los pasos y te resignas a ver la foto de los mismos que un amigo te ha mandao al whatsapp... al de tu mujer, me refiero...

Son detalles, pequeñas vivencias cofrades de las que no te percatas cuando forman parte de la cotidianidad de tu cuaresma, pero que echas de menos cuando te encuentras lejos y en un ambiente tan distinto en costumbres y tradiciones a aquel en el que has crecido durante tus 30 años.

No obstante, todo tiene su parte positiva. Por supuesto se valoran más los momentos en los que sí puedes disfrutar de la vida de Hermandad. Se vive con más intensidad esa Función Principal de Instituto a la que este año sí te has podido quedar, ese Viernes de Dolores al que has podido llegar, o ese beso en el pie que le has dado al Señor de la Vera- Cruz en una fría tarde de Noviembre gracias a ese cambio de guardia que pudiste hacer.

Y qué decir del orgullo que te inflama el alma cuando escuchas a tu hijo decir que de mayor quiere ser costalero como papá, o el escalofrío que te estremece cuando en una cálida tarde malagueña, frente al mar, a tus labios asoma el silbido de una marcha y tu niña te dice “esa es Alma de Dios”, para a continuación espetarte: “canta ahora la de nuestra hermandad”.

Son momentos que elevan al cielo la esencia de tu persona y te hacen añorar más la tierra de la que brotan tus raíces y las tradiciones y vivencias sobre las que asientan los cimientos de tu personalidad. Y que a la vez te hacen sentir, o al menos tener la esperanza, de que pases por lo que pases en esta vida, a pesar de los kilómetros y las diferencias, tú y los tuyos llevaréis a gala y en el corazón a Mairena, a esta hermandad, y seréis y os sentiréis por siempre veracruzistas.

Mayor Dolor y Traspaso

Mi Virgen de la Ancilla. Pasa con las advocaciones de la Madre de Dios lo que con los nombres compuestos, que cuándo nombramos a la titular mariana de una hermandad lo hacemos con la primera parte de su advocación. Este hecho se acrecienta si esa primera parte es de la originalidad, singularidad y belleza de la de nuestra Virgen de la Ancilla. Pocos se paran a pensar en la segunda advocación de nuestra dolorosa, de una rotundidad y profundidad que hacen que merezca la pena reflexionar sobre ella: “En su Mayor Dolor y Traspaso”.

Mayor Dolor y Traspaso de una Madre. Porque, ¿puede sentir una madre dolor más grande que el de ver morir a un hijo de la forma más atroz posible? Traspaso de corazón, muerte del alma ante el sinsentido de ver la sangre de tu sangre agonizando. ¿Cuántas veces, María, te preguntaste el por qué de aquella muerte, el por qué de tanto sufrimiento, al ver aquel cuerpo joven, marchito y agonizante? ¿Y cuántas madres se preguntan hoy el por qué de tantas muertes, de sus muertes? ¿Cómo soportaron Tus ojos tanto llanto, María? ¿Cómo soportan los ojos de tantas marías ese dolor que atenaza el alma?

Marías anónimas que te rezan y le piden al Señor una y mil veces que pase de sus vástagos el cáliz de la agonía y suplican y prometen y se ofrecen a Ti implorando su vida...

En Tus ojos enrojecidos, Virgen de la Ancilla se refleja, ante el que sabe mirar, el lamento de todas las madres que sufren trance tan inhumano, y el de todas aquellas que temen por la vida o la salud de un hijo.

Ojos que veo mecidos bajo el cielo de un palio, en un hermoso atardecer de Viernes Santo, por la esquina de Alconchel a los sonos de la preciosa marcha “Mater Mea” en esa primera estampa que desde siempre acude a mi mente cuando alguien te nombra o el fantasma de los recuerdos se pasea por mi casa con el afilado puñal de la nostalgia.

Y cuando mi ensueño se asoma a los balcones de tus pupilas veo el reflejo de esas madres de las que hablaba que por desgracia tan acostumbrados estamos a ver.

Y no tengo por más que ver a la Ancilla, a la del Mayor Dolor y Traspaso, asomada tras los lúgubres escombros de una ciudad arrasada por las bombas del egoísmo humano, o mirando un pequeño vientre hinchado y saciado de penuria, o en los fríos e inhumanos pasillos de un hospital,

donde un hijo, da igual la edad, lucha contra la muerte, o en el gélido reflejo de la tapia de un crematorio, donde te reconocí, María, en los ojos de la madre de aquél costalero que fue de Tu hijo. Esa María que también se preguntó durante meses, como Tú, el porqué de aquella tortura y te pidió una y mil veces que fuera ella por la que pasara aquél cáliz.

La tarde cae y la calle Real hace ya tiempo que se inundó de un río de dolor que desembocó en el mar de la agonía de muerte en Cruz. Tras de Ti, Chiclana, con la partitura del maestro Dorado en alto contemplando el verde manto que transforma esa agonía en océano de Esperanza, de una recuperación, de la Gloria Eterna en compañía del Padre, de un futuro mejor para sus hijos. Esperanza que nos quedará siempre.

Ese, Virgen de la Ancilla, el Mayor Dolor que el Traspaso de un alma puede soportar, se pasea por Mairena cada Viernes Santo.

¡¡¡Quién no conozca ese dolor, Madre mía, que me acompañe y lo vea, y mire tus ojos tristes, Virgen pura de la Ancilla, cuando vas por Alconchel, y de Chiclana en los labios, va sonando “Mater Mea”!!!

Dejad que los niños se acerquen a mí

90 cm de hombre hecho y derecho, sonriente, caminan con paso decidido en pos de un Calvario en una clara tarde de Abril o Marzo. En su mano, metro y medio de cera incandescente que blande en alto con orgullo, arma de destrucción masiva con la que atacar desprevenidas espinillas y confiadas prendas de abrigo.

Detrás de él, capa al viento, lazo verde en su castaña media melena, camina alegre y risueña la estampa más vívida de mi propio rostro. Canastita en ristre, reparte caramelos y estampitas con ese gozo de la inocencia de sus 6 primaveras.

Juntos, con su nunca suficientemente paciente madre, marchan tras la banda, escuchando los pomporriones, con la ilusión asomando a los ojos y la boca llena de infancia.

Como ellos, como mis dos soles, muchos de vuestros hijos y nietos disfrutarán este Viernes Santo de una hermosa Estación de... Gozo.

Para algunos será la primera vez que vistan el hábito verdiblanco y sientan de cerca su Hermandad.

En ella conocerán por primera vez a Cristo y a su Madre, y tendrán la primera toma de contacto con algunos de los misterios más importantes de la Fe que profesamos y que nos afanamos en transmitirles. Porque, ¿qué son las hermandades sino agentes de evangelización? ¿Acaso no saben vuestros hijos la historia de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor a través de los misterios que en estos días pasean por nuestras calles? ¿No han aprendido a hablarle a la Madre de Dios a través de esa estampa de la Virgen de la Ancilla que encontraron un día en aquella vieja cartera que desahuciaste? Dime si la primera vez que los llevaste a misa no fue en un culto de tu hermandad.

Las Hermandades son fuente de tradición, pero ante todo son Iglesia, y yo diría más, son Escuela de Iglesia, Escuela de Cristo y muro con el que hacer frente a la secularización y desacralización del mundo que les rodea.

Poco a poco, esos nazarenitos comenzaran a rondar la hermandad de la mano de sus padres, por los ensayos, a por la papeleta, más tarde quizá formen parte del grupo joven, harán sus primeros pinitos en el mundo del costal bajo la Santa Cruz en el mes de las flores e irán creciendo en tradición, pero también y sobre todo en devoción, a través de la formación, la Eucaristía y del amor a Cristo y a su Madre en las advocaciones de la Vera- Cruz y de la Ancilla.

Dejadles hacer, no les privéis de la satisfacción de conocer las fuentes de las que bebe nuestra Fe a través de esta cofradía. Porque si hay algo más bonito en este mundo que ser cristiano es serlo en la Tierra de María Santísima, viviendo la comunión en Hermandad, haciendo cofradía en Estación de Penitencia.

Si ya lo dijo en su día el Señor de la Vera- Cruz: “Dejad que los niños se acerquen a mí”, ¿quiénes somos nosotros para llevarle la contraria? Y aunque sabéis que pueden odiarles, perseguirles e incluso maltratarles por Su Causa no privemos a nuestros hijos de Su Gracia y de la mediación de la Esclava.

¡¡Facilitemos el acercamiento, dejad que vuestros niños conozcan a Cristo, dejadles que se acerquen a la Hermandad!!

El Señor del Abrazo Infinito

Y dime, hermano de Vera- Cruz, ¿cuándo fue la última vez que te paraste a contemplarlo? A contemplarlo de verdad, no sólo a mirarlo con la perspectiva del cofrade que disfruta de una imponente talla y una sublime canastilla sobre los pies de una cuadrilla elegante como pocas, sino a examinarlo, con los ojos inocentes de un niño o con los del alma del que no puede hacerlo físicamente pero que lo observa todo nítido en su interior, con mucha más claridad que otros que sin problemas de vista, ni se percatan de la grandeza de lo que tienen delante.

Él siempre está ahí, con los brazos abiertos a todo el que se le arrime, esperando los pecados de la humanidad que se hunden como ascuas ardientes en Sus Cinco Llagas, encadenado a esa cruz que es a la vez su muerte y su victoria. Esa Vera- Cruz en la que deberíamos estar clavados todos con nuestras particulares cruces de la vida mundana que no son nada comparadas con las duquelas y las fatiguitas que Él pasó.

Y en esa tarde de queda algarabía, mientras tratabas de ajustarte los ocales del antifaz ¿te paraste a pensar en la envergadura de ese abrazo? Si es que entre clavo y clavo cabe la humanidad entera.

Y en una noche fría de Vía Crucis, mientras lo veías pasar bajo el arco, ¿te fijaste en la capacidad de Sus manos? Si es que de una a otra ahí caben todos los pecados del hombre.

Y en ese sábado de noviembre, mientras depositabas un piadoso beso en la cálida encarnadura de Sus pies, ¿reparaste en la cantidad de plegarias que salpican cada pincelada de Su policromía? Si es que en ese triángulo de bondad se encuentran trazadas con la pátina del tiempo las súplicas de todos los veracruzistas que un día hubo.

Sé que a veces, en el bullicio que rodea a la cofradía, con el incesante devenir de una tras otra marchas que sin solución de continuidad engalanan el refinado andar, siempre de frente, con el que camina el Señor, no es fácil abstraer la mente a estas reflexiones, ni siquiera para el silencioso nazareno que ocupa las horas en mantener la luz de su cera en alto y en las cuentas de su pequeño rosario.

La meditación tampoco es fácil para el cofrade de a pie mientras los últimos rayos de sol se aferran al oro de un calvario sobre el que se recorta la silueta, allá en el cerro de la calle Real, de un hombre muerto de dolor en un Dios vivo de Esperanza.

Todo se difumina cuando se para delante tuya, o cuando en una vuelta lo ves a lo lejos. Es en ese momento cuando todo sobra, cuando todo se clarifica y la envergadura de ese abrazo alcanza toda su dimensión.

Y ahí mi Cristo de la Vera- Cruz, el Señor del Abrazo Infinito, acoge a todo el que lo contempla y no puede soportarle la mirada pero a la vez no puede parar de mirarle.

Y entre brazo y brazo, al calor de la llama viva que brota de la herida de su costado, sangre y agua de la Redención, ampara al que mira y al que pide, a la madre que reza por su hijo, y al hijo que clama por un padre, a la esposa que vela del esposo, a la mujer que implora por el hijo que pudo y que nunca fue y a la que llora por el que fue pero que no tuvo. Al que lo mira con los encandilados siempre ojos de la devoción y hasta al ciego que con desgana no distingue la Salvación. Al que recuerda y a los que ya no están que cada año encomienda... y al que ni siquiera se acuerda de cómo llegó a esa esquina donde cada Semana Santa te vio pasar.

Y con los ojos vacíos, perdidos y tristes, te contempla ahora desde la indiferencia a la que lo conduce el cruel estoque de una terrible enfermedad.

Él, que de acera en acera se movía, buscando entre las filas de nazarenos a la sangre de su sangre. Una palabra de aliento, de ánimo, o simplemente agua.

Él, que nunca fue cofrade y completó estaciones de penitencia, allá en la Cruz de Guía de la mano de uno tras otro nazarenitos, aguardando pacientemente hasta que llegara el palio o el niño se cansara.

Él, trabajador, honrado siempre, que nunca faltó en su ya madurez un Viernes Santo a Tu encuentro, atento al relevo, que un hijo siempre es un niño por muy hombre que se crea bajo una parihuela. Pendiente al tramo de los carritos, que otros nazarenitos de su casta siguieron a los anteriores...

La mirada perdida, los ojos vueltos al infinito de Tu abrazo, presencia ahora sin apreciar el paso de Tu paso en una desvencijada silla, vencido por la injusticia de esta vida, de un flagelo cruel que le hostiga sin nostalgia ni recuerdos, en ese cantillo en el que siempre te paras a saludar a la vecina hermandad.

“Toa la vida trabajando pa esto” parecen decir sus ojos cuando mira al joven que le ha saludado y que se afana inútilmente en reconocer y que

ahora se aleja mientras él le mira sin verlo, sin ver el palio de la Esclava del Señor que ya se acerca.

Y entre Tus manos abiertas, Cristo de la Vera- Cruz,

que acogen a todo el mundo,

y salvas con la sangre,

derramada de Tus llagas

al pecador que te mira,

con arrepentimiento profundo,

Tú que eres memoria de la humanidad entera

y esparces misericordia y perdonas la condena

de vivir sin Tu presencia

en esta tierra vagabundo.

¿Le recuerdas, Señor de Vera Cruz,

Mesías venido al mundo,

rezando, entre dientes musitando

al mismo compas del cante,

saeta rasgando el aire,

de aquel otro Cruz, nuestro hermano,

al que solía oír en la Plaza

en sus años de juventud?

¡Pues yo te pido Señor, y te ofrezco mi penitencia,

para que arrimes a Tu pecho,

al que ya no te recuerda!,

y puesto que Tu Gloria buscamos

los que perdidos andamos, por este mundo maldito,

¡ampáranos cuan enfermos

y de Tu Misericordia la memoria
conserva en nuestros recuerdos,
Cristo de la Vera- Cruz, Señor del Abrazo Infinito!

Y mi Virgen de la Ancilla...

Y con la elegancia que da la sobriedad se aproxima Ella, sin estridencias... El repelucos se hace escalofrío cuando se la ve venir, con el aplomo de un palio bien plantao y el talle de una azucena, reflejando en el rostro toda la pena acumulada por una tortura interminable que casi agota esas lágrimas en las que se refleja la perenne lucha de unas bambalinas que brillan al son cadencioso del baile de la llama con la cera.

Y en medio de ese universo de luz y color que embauca los sentidos todo se centra en Ella.

Empaque de mujer fuerte, con la serenidad que da la madurez y el saber de antemano que, aunque infausto, este final que no es tal sino que es el comienzo de todo, es al que estaban predestinados Los Dos de antemano, desde que el mundo es mundo, desde que aquel misterioso visitante se le apareció en el zaguán y le anunció unos planes sobre los que Ella no había opinado y que le comprometían para los restos.

Qué de disgustos te hubiera evitado un simple “no” ¿verdad?, pero era el designio de Dios que pronunciaras aquel “Ecce Ancilla Domini” que cada año pasea esta hermandad bordeando la Gloria del techo de palio y te entregaras por completo a la Misión Redentora que se te ofrecía y a Tu Hijo. Y lo hiciste por AMOR con mayúsculas, sin importarte lo que Tu Alma padeciera y ¿acaso no es eso lo que hace una Madre?

Y cada tarde de Viernes Santo, das testimonio de la entrega más absoluta a un Dios y un Hijo a sabiendas de que eso te hará sufrir. Cuántas muertes de inocentes se habrían evitado sin el egoísmo del ser humano que no quiere aceptar las dificultades que estén por venir y que en este mundo marchito niega la vida al bendito por no asumir la mitad de amor y la mitad de entrega que en su día la Virgen de la Ancilla aceptó.

Y caminando con soltura,
a la luz del último rayo de sol
que la tarde quiere brindarte,
una Mujer navega elegante
sobre un palio deslumbrante
y desata la locura.

Y a su lado, desolado,
la acompaña un muchacho aniñado
que de un dolor insondable
consolarla quiere sin darse cuenta
que en su presencia,
Ella del consuelo toma las riendas
y él se siente confortado,
al saberse de Ella hijo amado,
y con un Amor de tal medida
que Ella sin dudarlo arriesgaría Su vida
por saberlo de la muerte resguardado.

Semblante maduro, cabizbajo,
de la pena todo un poema,
belleza en el otoño de la vida,
portadora del dolor que es Su condena.

Tez clara, de una cálida palidez que el alma llena
de sosiego y de cordura,
dulce embriaguez de paz y de ternura
que del Amor te colma hasta las venas.

Lágrimas de llanto dolorido,
Virgen de serena belleza,
te daría sin dudarlo ni un instante,
un pañuelo con el que los ojos enjugarte
y devolverle la color a Tu pureza.
Y esas manos... suplicantes,
disonantes con Tu santa realeza
que encierran en su interior,
con mimo y delicadeza,
todo el dolor y las plegarias
por la enfermedad, la muerte y la pobreza.
Y en Tu palio por la noche,
más allá de Tu tristeza,
se descubre, se presiente,
como una Madre hace frente a la Cruz con entereza.
Pues que define a una madre sino su fortaleza,
para estar con sus hijos y sacarlos adelante,
para verlos crecer y equivocarse
y plantarle cara a cualquier cruz con gran firmeza.
Y todo ello,
a pesar de que a veces las ataca
un mal que asola al mundo,
con la forma de ese cruel cangrejo inmundo
que con sus tenazas de muerte
intenta socavar la fe y la vida
de dos madres a ella fuertemente asidas

y rebosantes de un amor profundo.
Y esta es la cruz que nos toca
y que en su vil empeño no cesa
por desafiar a dos mujeres
enredadas en mi senda cual madeja.
Pero ahí siguen ellas, implacables,
con tu ejemplo Virgen de la Ancilla,
demostrando día a día su grandeza,
sin desfallecer y aguantando de esas garras la embestida.
Que de sobra en esta guerra
de la mano se gana la partida
al saberse de Tu hijo protegido,
no faltando nunca la conciencia,
de que a su vera vas y cuentan contigo.
Embriégalas del aire de Tu fortaleza,
para que no se rindan ni flaqueen en el camino.
Ayúdalas mi dulce Esclava,
Tú que siembras de Esperanza los destinos.
Que más decir si Tú ya sabes
de sobra a qué madres me refiero,
una el Auxilio de un compadre,
otra la Flor a la que más quiero.
Amistad nacida en el seno de esta Hermandad,
hermanas unidas a fuego en el frente a la adversidad.
Tú que cargaste Tu cruz con entereza,
asístelas bajo el peso de este atroz madero,

¡¡remédialas en la enfermedad,
Virgen de la Ancilla, Esposa y Madre,
Reina a la que venero!!

Desenlace

La oscuridad de recogía

Suena el silencio. El bullicio quedó atrás, o adelante, donde el Señor se despide perdonando a su pueblo. Sólo unos pocos sibaritas paladean el palio que avanza encendido a los sonos de Jesús de las Penas en otro momento íntimo de este Viernes Santo.

Renace el recogimiento en la mente de ese joven nazareno, monaguillo que fue de esclavina verde, costalero de Cristo después, que espera paciente a la altura de la farmacia a que el Señor del Abrazo Infinito adentre su muerte victoriosa en las entrañas del templo, a la espera ya de una Gloriosa Resurrección.

Suena el llamador y se levanta el palio. Mira de reojo. ¡Como viene la cera! La Hermosura de la Ancilla refulge como un fanal en la noche más oscura del alma. Avanza al golpe del palermo, la rampla ya está cerca. “Esto no debería terminarse nunca” piensa haciendo caso omiso a las protestas de sus descalzos pies.

De hecho la Gloria del cielo prometido debe parecerse mucho a ésto, a un Viernes Santo en el que uno pasea su cirio al cuadril sin pies fatigados o en el que uno carga en la trabajadera con los Kilos justos, disfrutando en cada chicotá de la presencia del Cristo Vivo de la Vera- Cruz.

Pero que se sepa, ninguna cofradía se ha quedado en la calle eternamente. Las cosas empiezan y tienen que terminar, si no, que sería del resto del año sin el aliciente de una nueva Estación de Penitencia, mejor dicho, de un nuevo Viernes Santo, porque la Estación de Penitencia de VERDAD, en la que el Señor de la Vera- Cruz quiere que nos afanemos, nos apretemos la faja y no desfallezcamos, esa la realizamos cada día, y se llama VIDA.

Suena otra marcha: La Madrugá.

Se acaba la de oropel, corneta y emoción. Continúa la de sufrimiento, trabajo y esfuerzo, alegría y llanto, sentimientos encontrados...

“Toma tu Cruz y sígueme”. Se nos llena la boca con este lema cada Viernes Santo, cuando se nos ha de llenar con él la Vida en nuestro trabajo, nuestra familia, nuestras relaciones, que cruces todos tenemos y no son pocas, algunas pesadas como losas de mármol, pero todas con el fin de acercarnos más al Padre. ¿No somos veracruzistas todo el año?, abracemos pues la nuestra con alegría y entereza, como lo hicieron aquellos que nos contemplan desde arriba del paso.

Vuelve a sonar Chiclana, el palio avanza muy despacito, se gusta. Conscientes de que tras la puerta un largo año de espera aguarda, todo el mundo quiere dilatar el desenlace un poco más. Hasta la Esclava parece no querer recogerse. San Juan le muestra el camino pero ella quiere quedarse otro ratito. La noche templada y clara acompaña, el repertorio también: Virgen del Valle, Soleá, dame la mano...

El nazareno ya se encuentra en la rampla, a pocos metros del umbral que da acceso de nuevo a la oscuridad de recogía. Al fondo dos faroles alumbran a la Cruz que le aguarda. “Toma tu Cruz y sígueme” lee de nuevo. Cuantas cruces ya en su joven vida, y las que le quedan. La nostalgia va aflorando a la par que emerge la idea, la percepción, de una nueva Semana Santa que ya comienza.

De nuevo penetra en el túnel umbrío, huérfano y a la espera de la Madre que ya sube la rampla a los sonos de Saeta Cordobesa. Gira a la derecha y al fin puede verlo, ya de frente, disfrutar de Él y de su cercanía. El que da sentido a su vida, del que se acuerda siempre, al que le pide y al que implora, al que le reza... El que estará presente en cada momento de su vida.

Soportando Él sólo todo el peso de la humanidad, acogiendo en ese Abrazo Infinito a todo el que quiera arrimarse. Sufriendo ese dolor que es Su condena...

Sí, el cielo debe parecerse mucho a un Viernes Santo en el que uno mira sin cansarse la belleza de la muerte dulce del que será Resucitado.

Todo en la vida viene y conduce a Él.

Por fin lo ve y recuerda versos de aquel viejo poema que decía:

*No me mueve, mi Cristo de la Vera- Cruz, para quererte
el Cielo de Viernes Santo que me tienes prometido
ni me mueve el Infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor del Abrazo Infinito. Muéveme el verte
clavado en una Vera- Cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas, y tu muerte.*

*Muéveme, en fin, tu amor a mí, y en tal manera,
que, aunque no hubiera Viernes Santo, yo te amara,
y, aunque no hubiera Infierno, te quisiera.*

He dicho.

Este texto terminó de escribirse el día 25 de Enero de MMXVII, festividad de la Conversión de San Pablo.